

TRES PREGUNTAS SIN RESPUESTA

José María Méndez*

IIª parte

A. ¿Por qué Dios creó este desastroso mundo en que hay tanto mal? ¿No hubiera sido mejor que los seres humanos no hubieran existido nunca?

B. ¿Por qué los hombres son incapaces de controlar sus pasiones? ¿No hubiera sido mejor crearlos con más dominio sobre sus instintos?

C. ¿Por qué hay tanto dolor y sufrimiento? ¿Qué sentido puede tener el dolor inocente, especialmente el de los niños?

SEGUNDA PREGUNTA

1. Hipótesis *todos siempre buenos y además libres*

No hay que confundirla con la hipótesis *todos buenos pero no libres*, que apareció al principio del artículo anterior. Allí los seres finitos en cuestión serían en realidad animales. No serían libres, y harían el bien automáticamente, según su naturaleza y sin mérito alguno. En cambio, ahora estamos suponiendo que los seres finitos son libres, y además que de hecho nunca hacen el mal o siempre actúan conforme al bien.

¿Es esta hipótesis aceptable?

2. La libertad positiva lleva consigo el ser puesta a prueba

Difícilmente podremos admitir que un ser así fuese de verdad libre en sentido positivo. Siempre tendríamos la sospecha de que, si nunca peca de hecho, eso ocurre porque ni siquiera puede pecar. Desde fuera, sería indistinguible de un animal de este mundo.

Para salir de dudas, tenemos que recurrir a la noción de *ser puesto a prueba*. Un animal nunca es puesto a prueba, dado que ni siquiera es libre. Pero el ser que hipotizamos ahora tendría que ser puesto a prueba, para comprobar que realmente es libre en sentido positivo. Si supera con esfuerzo consciente y

517



* José María Méndez es Presidente de la Asociación Estudios de Axiología.



denodado la prueba, nos convenceríamos de que no es un mero animal. Y si no la supera, quedaría más claro todavía que es libre. Tendríamos la total certeza de que hace el bien o el mal libremente, por su propia decisión. Como dice San Agustín, «Nuestra vida no puede estar sin tentaciones, pues nuestro progreso se realiza justo a través de la tentación. Nadie se conoce a sí mismo si no es tentado. Nadie puede ser coronado si no ha vencido, ni vencer si no ha combatido, ni combatir si carece de enemigos y tentaciones»¹.

Quizá veamos mejor la diferencia, si comparamos el *afecto* fiel pero no libre de un perro por su amo con el *amor*, también fiel, del amante humano consciente y libre. La fidelidad del amor humano vale más que la fidelidad del afecto canino. Aunque tenga el inconveniente de estar abierta a una posible infidelidad, mientras que en el afecto del perro está cerrada esa infausta eventualidad.

Nótese la diferencia entre *afecto canino* y *amor humano*. El afecto siempre fiel del perro está en mundo de la naturaleza y en su estrato más alto, lo psíquico. El amor de un ser humano, incluso si no es fiel, está siempre en el mundo superior de los valores y la libertad. El afecto del perro es sólo sentimiento. En el amor humano la libertad positiva domina a lo meramente psíquico.

Si Dios es amor, como dice San Juan, se comprende que desee ser correspondido. El amor es a la vez activo y pasivo. Va en la esencia del amor el ansia de ser amado. A Dios le hacía falta un *partenaire* humano, capaz de *amar* libremente y no sólo *sentir* con afecto animal. Pero únicamente un ser espiritual puede amar, algo más elevado que sentir afecto. Se entiende por tanto que Dios crease al ser humano para que éste le amase.

Sin embargo, eso comporta inevitablemente el riesgo de que quizá no se cumplan las expectativas. Por fuerza un amante libre está *a prueba*. El resultado de la prueba —éxito o fracaso— es siempre doble. Va en la noción misma de libertad positiva la doble capacidad de hacer el bien (aquí amar) o el mal (aquí no amar). Todo amor es arriesgado. Nunca tiene asegurado el éxito. Dios, al crear al hombre con la intención de que le amase a su vez, asumió ese riesgo.

Así pues, la hipótesis *todos siempre buenos y además libres* no es realista. Haría imposible la infidelidad humana. No se trata sólo de que la condición de ser libre en sentido positivo lleve consigo el trance de *ser puesto a prueba*. Es además inevitable algún fracaso efectivo en la prueba. Sólo entonces desaparece toda ambigüedad. No cabe crear entes finitos libres, sin que al mismo tiempo éstos tengan delante una prueba a superar. Y si hay una prueba, es inevitable que algunos caigan en ella.

En Axiología decimos lo mismo al afirmar que el hombre recibe a la vez la libertad positiva y el conocimiento de los valores. El don supremo de la libertad es inseparable del conocimiento de un arco de valores-fines a realizar. El hombre es visto como una tarea a llevar a cabo, como una misión a cumplir, como

¹ SAN AGUSTÍN: *Enarrationes in Psalmos*. Ps. 60, CCL 39, 767.

un *faciendum* y no como un *factum*. Y eso es tanto como decir que su libertad es puesta a prueba y que no todos la superarán de hecho.

Por tanto, la Segunda Pregunta no cuestiona el que haya una prueba para todo ente finito y libre. Tampoco el que algunos caigan de hecho en la prueba. De lo que se trata en esta Segunda Pregunta es de la exagerada desproporción entre esa prueba y las capacidades efectivas del ser humano para superarla. Como de sobra demuestra la historia universal, el hombre es demasiado débil para dominar sus pasiones. Ni siquiera es capaz de aprender de sus fracasos y enmendarse. Basta abrir los ojos para comprobar que seguimos en la Edad de Piedra, tanto respecto al dominio de nuestros instintos como respecto a nuestra inhabilidad para corregir los errores del pasado.

¿No pudo Dios dotar al hombre de mayor control sobre sus pasiones? ¿No pudo darle mayor resistencia ante las tentaciones? ¿No pudo concederle una mayor inteligencia para aprender de sus errores pasados? ¿Cómo calculó Dios el tamaño de la capacidad humana ante la prueba? Se trata de un *quantum*, que a primera vista nos parece excesivo. Sin embargo, lo esperable en teoría es que, si Dios calculó ese *quantum*, éste sea a la vez también un *optimum*, dicho sea en la jerga de los economistas.

3. Los bienaventurados en el cielo

Encontramos en los habitantes del cielo una excepción a la regla anterior. Son *siempre buenos y además libres*. Es impensable que Dios los rebaje en el cielo a la condición de animales. No pueden ser despojados del don supremo de la libertad positiva, y además, de modo bien paradójico, como si fuera un premio.

¿Cómo es posible que nunca pequen, si conservan la libertad positiva? No están sometidos a incitación alguna al mal, ni interna ni externa. Pero son libres y por tanto la posibilidad de pecar no está cerrada. ¿Cómo es que no pequen nunca de hecho y a la vez no haya lugar para la sospecha de que no son libres? Ciertamente no cabe decir *ya no pueden pecar*, pues eso equivaldría a arrebatárles la libertad positiva. Lo exacto es que, pudiendo pecar, de hecho no pecan nunca; justo lo que excluíamos en la hipótesis anterior. ¿Cómo explicar una libertad que nunca falla y sigue siendo tal?

La explicación es sencilla. Como premio por haber superado la prueba Dios se aproxima a ellos de modo tal que se enamoran perdidamente de Él. En este mundo tenemos a mano un buen ejemplo en el amor humano fiel hasta la muerte. La entrega total a la persona amada excluye de hecho toda traición, aunque la libertad positiva siga intacta.

Aparte de eso, ya no están expuestos a incitación alguna al mal, ni desde dentro de su ser, ni como tentación externa. El falso brillo del mal ya no podrá engañarles. A su alrededor no habrá más que ejemplos buenos.

Poéticamente se ha dicho *no tener otra libertad que la de amar*. Lo correcto,





aunque menos poético, sería *emplear de hecho la libertad positiva siempre para amar*. Los bienaventurados tendrán a Dios lo suficientemente cerca para amarle de esta manera. Le amarán con un amor que excluye de hecho cualquier infidelidad. Eso quiere decir la expresión *estar confirmado en gracia*. No se anula la posibilidad de fallar. Pero el fallo nunca ocurre en la práctica.

Ama y haz lo que quieras, dice San Agustín, dando por supuesto que el amor a Dios es tan intenso, que excluye de hecho el pecado. En este mundo sólo algunos santos han sentido a Dios tan excepcionalmente cercano. Pero en el cielo la máxima agustiniana se cumple para todos².

4. Si no hay pecado, tampoco hay Redención

Enseguida nos viene a la mente esta idea. ¿No pudo Dios haber creado a los hombres en esta Tierra en la condición de los bienaventurados? ¿Por qué aquí Dios está tan lejos y en cambio los malos ejemplos están tan cerca? Sería incluso una posible solución a la anterior Primera Pregunta en la que no habíamos reparado.

La respuesta es *no*. Aparte de lo antes dicho, hay una nueva y decisiva razón. En ese caso nos habríamos ahorrado ciertamente todas las vergüenzas, horrores y crímenes de la historia humana. Nadie pecaría de hecho. Pero tampoco Dios habría tenido ocasión para perdonar, y Cristo no hubiera muerto en la Cruz. Dios hubiera renunciado a su mayor gloria: encarnarse y morir en la Cruz por los hombres. Existiría la creación del ser humano, pero no su redención. Por seductor que a primera vista parezca este escenario, hubiera tenido una altura axiológica menor que la vida humana sujeta a tantas pruebas en este mundo, y que no todos superan.

Todo lo cual nos indica de nuevo que la entera epopeya humana gira en torno a Cristo muerto en la Cruz, como vimos en el artículo anterior. Dice San Pablo con muy profunda intuición: *Dios quiso que en Cristo residiera toda la plenitud. Quiso reconciliar consigo todos los seres, del cielo y de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su Cruz* (Col. 1, 19).

En resumen, Dios otorgó la libertad a los hombres, no sólo para ser amado por ellos, sino sobre todo para que Cristo muriera por ellos y muchos se salvaran. No todos, desde luego. Habrá condenados, pero no muchos en comparación con los que se salven. En el Juicio Final conoceremos ese abismo que ahora no percibimos: la enorme distancia entre el *mucho bien* que Dios ve en este mundo y el *poco bien* que captan nuestros miopes ojos.

Si Dios nos hubiera colocado directamente en el cielo, topáramos con un

² Séptima Homilía sobre la 1ª Carta de San Juan, 8. En Internet. *Sero te amavi*, se queja San Agustín en sus *Confesiones* (X, 27). Su conversión supuso ver a Dios tan de cerca que desde ese momento era ya un habitante del cielo de paso en esta Tierra.

déficit axiológico. Faltarían los valores religiosos. En un mundo así no habría sitio para el arrepentimiento ni para el perdón. Por tanto, Dios no tendría la oportunidad de elevarse al superior nivel del padre de la parábola del hijo pródigo. Tropezaríamos con el vacío de una total ausencia de valores religiosos en ese supuesto mundo.

¿No es Dios más grande y sublime, si tiene la ocasión de perdonar que si no la tiene? Aunque eso signifique la inevitable existencia del pecado. ¿No es la redención del hombre lo esperable, tras su creación como un ente finito sometido a prueba y dueño de su destino eterno? El pecador arrepentido y perdonado en este mundo da más gloria a Dios que el bienaventurado puesto imaginariamente en un cielo en esta Tierra, y con Dios tan cerca que de hecho nunca pecase.

Volvemos a la idea de que Dios-creador del hombre libre es superado y engrandecido por Dios-redentor de los pecadores. Si en la tradición cristiana se ha llegado a hablar de *felix culpa*, es porque, de un modo paradójicamente confuso y lúcido a la vez, siempre se ha intuido que un mundo con valores religiosos es mejor que un mundo éticamente perfecto. En la célebre parábola, el perfecto mundo ético está simbolizado por el hijo mayor. Pero el hijo pródigo, pecador y arrepentido, nos está diciendo que nuestro mundo real, a pesar de todo, es el preferible en teoría y es el preferido de hecho.

La Segunda Pregunta se plantea entonces como una cuestión de tamaño, de medida, de *quantum*, como antes se dijo. Aceptamos que la vida del hombre libre ha de estar sometida a prueba. Y también admitimos que siempre habrá algunos que no la superarán. Pero el interrogante sigue en pie. ¿No pudo Dios hacer que nuestras pasiones fueran menos destructoras? ¿No pudo hacernos menos idiotas, para no tropezar una y otra vez en la misma piedra? ¿No se le fue la mano al crearnos tan imbéciles y débiles que acumulásemos luego tantos crímenes y desgracias en nuestra macabra Historia universal? ¿No parece excesivo el *quantum* del llamado tradicionalmente *pecado original*.



5. Las consecuencias de nuestras decisiones libres

Consideremos otro aspecto de la Segunda Pregunta. Las motivaciones para hacer el mal se reducen a tres: pasiones internas, tentaciones externas e ignorancia de las consecuencias de nuestras decisiones. Examinemos la última, las consecuencias de la acción.

En principio, un ente finito no podría poseer un conocimiento perfecto del futuro, y por tanto de todas las consecuencias de su acción. Por la sencilla razón de que es temporal. Sólo Dios es eterno, o no sujeto a ningún tipo de tiempo o sucesividad. El ve la realidad *tota simul*. Para Dios, el futuro está delante lo mismo que el presente. Sólo El posee una visión perfecta del futuro.

Incluso si el ente finito fuese pensado como *eviterno*, o sea, con principio



pero sin fin en el tiempo, tampoco tendría un conocimiento perfecto del futuro. No por ser eterno el ente en cuestión dejaría de ser temporal y obligado a conocer las cosas una tras otra y no todas a la vez. Nunca podría estar seguro de conocer la última consecuencia.

Además, cabe aquí razonar *ad absurdum*. Un ser libre y dotado de una ciencia perfecta del futuro de su vida, si decidiese hacer el mal, no podría luego arrepentirse. Pues habría tomado su decisión con plena conciencia de todas las consecuencias de su acción. No podría aparecer un elemento nuevo y antes desconocido, que es justo lo que provoca el arrepentimiento. Darnos cuenta, algún tiempo después de la acción, de que han surgido consecuencias desastrosas que no habíamos previsto ni querido.

El conocimiento perfecto del futuro por un ente finito equivaldría en realidad a una predestinación negativa o al infierno. Si decidiese hacer el mal, no habría vuelta atrás. Dios habría creado un ser supuestamente libre, y a la vez incapaz de arrepentirse. No sólo es que vaya contra la bondad de Dios. Hay más: en pura lógica se trata de una *contradictio in terminis*³.

Como ya se indicó en la Primera Pregunta (Nota 10), el vocablo *predestinación* en la mente de San Agustín denota la intención de Dios al crear al hombre, no el status ontológico del ser humano libre. Dios no puede crear un ser verdaderamente libre, sin que éste sea sometido a prueba y corra el riesgo de no superarla. Más aún, Dios sabía de antemano que algunos no la superarían.

Así pues, hay que excluir que Dios crease un ente finito con un conocimiento perfecto de las consecuencias de sus decisiones. Más bien hay que pensar que este conocimiento es muy limitado en el caso humano. Tampoco este detalle escapó a la perspicacia de San Agustín. *Tamen utcumque ipse quid hodie. Quid autem cras nec ipse*. Apenas sabe alguien lo que es hoy; lo que será mañana ni siquiera él lo sabe⁴.

Del examen de las tres incitaciones al mal podemos sacar esta importante conclusión. El motivo más determinante es la incapacidad para aprender del pasado; más decisivo que la vehemencia de las pasiones o la seducción de las tentaciones. Si el hombre rectificase su conducta a tenor de los errores del pasado, habría avance moral en la humanidad. Si no lo hay, es justamente porque el ser humano es demasiado idiota para aprender de sus errores.

¿Por qué Dios hizo al hombre tan imbécil? ¿De qué nos sirve haber progresado tanto en lo material, si en el aspecto moral seguimos en la Edad de Piedra? El *quantum* de nuestra idiocia es justo la quintaesencia de la Segunda Pregunta.

³ En el *Curso Completo sobre Valores Humanos* supuse erróneamente que Satán tenía un conocimiento perfecto de las consecuencias de su acción y por tanto no podía arrepentirse. CCVH, Barcelona PPU 2006, Pag. 428.

⁴ SAN AGUSTÍN: *Sermo de pastoribus*. CCL, 553

6. El pecado original

Según el Génesis, la situación de Adán y Eva en el paraíso antes de comer el fruto prohibido era mejor que nuestra condición en este mundo. No estaban sujetos a incitación interna, sino sólo a la externa. Dios estaba más cerca de ellos que de nosotros en este mundo. Aunque no tanto que asegurase la fidelidad perfecta que hemos atribuido a los bienaventurados del cielo. Con todo, lo esencial del relato bíblico es la conexión entre libertad positiva y la magnitud de la prueba que va a afrontar.

La interpretación habitual de un pecado personal de Adán y Eva que luego se trasmite a todo el género humano, no puede tomarse a la letra. Implicaría un castigo a los descendientes de Adán y Eva por un pecado no cometido por ellos. Sería algo incompatible con la noción de libertad positiva. La culpa moral recae única y exclusivamente sobre la persona que comete el pecado. No es transmisible a nadie más. La Justicia en sí pertenece a Dios como una perfección objetiva y real. Dios no puede cometer injusticias de ese tipo⁵.

En cuanto a la influencia de Satán sobre los humanos nada sabemos racionalmente, aunque aceptemos que es algo perfectamente posible, por no ser contradictorio. Dios pudo y puede crear entes libres en las condiciones que atribuimos a los ángeles. Como también es bien posible que las tentaciones diabólicas existan en la vida del hombre en este mundo. Los que tienen fe admiten esto como un hecho. Los que no la tienen han de admitir al menos la posibilidad del hecho.

En conclusión, el pecado original hay que entenderlo como la obvia y patente realidad de que nuestra libertad positiva está muy debilitada, tanto por la enorme vehemencia de nuestras pasiones como por la acreditada inhabilidad del ser humano para aprender lecciones del pasado. Así nos creó Dios.

Hace dos millones de años, en algún lugar de Africa oriental, más o menos en la zona ocupada hoy día por Kenia y Tanzania, una mona y un mono recibieron el divino don de los operadores lógicos, la capacidad de pensar. Y con ello la libertad positiva, la responsabilidad, la imputabilidad y la culpa. Pasaron de individuos animales a personas humanas⁶.

Sólo hace cien mil años la evolución darwiniana ensanchó los canales hipoglosales lo suficiente para permitir el salto desde el lenguaje gestual y único hasta los múltiples lenguajes fónicos. Mientras tanto, en ese inmenso intervalo temporal de un millón novecientos mil años, los humanos dispusieron de un



⁵ La idea de que el pecado de los padres implica no castigar a sus hijos, sino que se imputa enteramente a quienes lo cometen, no estuvo clara en el ámbito judío hasta el Profeta Ezequiel en el siglo VI a.C. (Ez., 18, 20). El relato del paraíso perdido por culpa de Adán y Eva fue escrito en una época mucho más temprana, cuando se admitía pacíficamente que la culpa de los padres fuese castigada en los hijos.

⁶ Y si fueron varias parejas, su número tuvo que ser muy pequeño. Cuanto más antiguos son los restos paleontológicos descubiertos, más se estrecha su localización en la mencionada zona.



lenguaje meramente gestual, aparte de los dos o tres sonidos distintos que todavía emiten los monos actuales.

Cuesta imaginar que Dios creara al hombre tan inerme y desvalido, tan desprovisto de recursos para hacer frente a las inclemencias del tiempo, la amenaza de enfermedades y el ataque de las fieras. Ni siquiera podía andar erguido. Aunque sin duda el hombre prehistórico no vería las cosas tan negativamente. No sabía lo que iba a suceder en el siglo $\times\times\times$. Nosotros sí lo sabemos, pero nos equivocamos lamentablemente dando por hecho que también ellos podían medir la enorme distancia entre sus condiciones de vida y las nuestras. Simplemente se daban cuenta de que pensar y decidir les daba una enorme superioridad sobre los animales y la naturaleza en general. Y de hecho el hombre prehistórico salió adelante, aunque con trabajos y sufrimientos que ahora imitan los militares en sus ejercicios de extrema supervivencia.

En verdad, Dios sigue permitiendo que terremotos, erupciones volcánicas y sunamis causen la muerte de miles de personas y de un solo golpe. El terremoto de Lisboa impresionó tanto a los ilustrados del siglo $\times\times\times$, que se difundió el *deísmo*, la idea de que Dios sin duda existe, pero al modo del motor inmóvil de Aristóteles. No se preocupa por las vicisitudes humanas. Bastante hizo con otorgarles el don supremo de la inteligencia y la libertad, y poner las riquezas y oportunidades del planeta Tierra a su disposición. Una idea de Dios que obviamente se contradice con la del Dios bondadoso, tierno y dulce, que añaora nuestro corazón.

Pero lo decisivo no fue la debilidad física o material del hombre. De hecho hemos avanzado enormemente en el conocimiento y dominio de las energías naturales. Basta comparar al *homo faber*, que tallaba rudimentarias lascas de piedra, con el *homo informaticus* de nuestros días.

De lo que se trata aquí es de la debilidad moral. En la conducta ética no hemos avanzado un milímetro desde la Edad de Piedra. El hombre prehistórico no pudo ser peor que nosotros en cuanto a la violación constante de los valores. Las atrocidades y aberraciones que vemos hoy día no tienen nada que envidiar en malicia, sadismo y crueldad a las que pudieron ocurrir en los oscuros comienzos de la humanidad.

Cualquiera que fuese su carencia de recursos en la prehistoria más arcaica, el hombre aprendió enseguida a sacar provecho de la naturaleza. Tanto que ahora amenaza alterarla y hasta destruirla. Podemos asombrarnos de que Dios crease al hombre tan desvalido en el aspecto físico. Pero eso tenía arreglo, y se ha arreglado de hecho. Lo que más nos desconcierta es que lo crease tan débil en el aspecto moral, hasta el punto de que el hombre actual siga siendo tan cruel, envidioso, resentido, malintencionado y sobre todo idiota como pudo serlo el *homo faber*.

El hombre es el único animal sexuado que está en celo permanentemente. En este aspecto se halla incluso en peores condiciones que los animales, que

sólo entran en celo en períodos concretos y viven en pacífica castidad el resto del tiempo. En cambio nosotros vamos para atrás. Hemos vuelto a la época de Sodoma y Gomorra. Incluso hemos ido más lejos. Hemos legalizado el matrimonio gay. Nunca antes la humanidad había caído tan bajo en la degradación de la conciencia moral⁷.



«El Diluvio Universal». Miguel Ángel. Capilla Sixtina. Vaticano



7. La estupidez del ser humano

Insistamos en esta idea, ya antes aludida. La idiotez moral es peor todavía que la debilidad ante las pasiones, la proclividad a seguir el mal ejemplo o la ignorancia del futuro. Si el hombre aprendiera del pasado, lo esperable hubiera sido un progreso moral efectivo en la humanidad. Pero topamos con la patente imbecilidad del hombre, que efectivamente es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. No aprende de sus amargas experiencias. Repite una y otra vez los mismos errores, tanto individual como socialmente.

Se ha dicho que los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla. Pero la triste realidad es que, incluso si la conocen, también la repiten.

⁷ Cfr. MÉNDEZ, JOSÉ MARÍA: «¿Antropología o Axiología?», *Altar Mayor* n° 182.



Antes hemos hablado de la imposibilidad de que un ser finito conozca todas las consecuencias de su acción. Ahora nos referimos a algo más sencillo, habitual y deprimente. Nos olvidamos de las consecuencias negativas de nuestra conducta pasada, a pesar de que nos son perfectamente conocidas.

Un buen ejemplo lo estamos viviendo en España y en nuestro tiempo. Los que frisaban sobre 30 años cuando murió Franco en 1975, tienen ahora sobre 70 y recuerdan perfectamente lo que vivieron. Es el caso de los nacionalistas vascos y catalanes. Muchos presenciaron los desastres de la Guerra Civil y viven todavía. Saben perfectamente que los nacionalismos en el País Vasco y Cataluña estuvieron en primera línea a la hora de provocar la Guerra Civil. Igualmente se acuerdan de lo que tuvieron que aguantar durante cuarenta años, en que su locura fue embridada por un estado fuerte y sabedor de la necesidad irremediable de los nacionalistas.

En efecto, no aprendieron nada. No ha pasado mucho tiempo y ya vuelven a incidir en las mismas disparatadas e insensatas ideas, que sólo pueden llevar de nuevo a la misma catástrofe, ya conocida y sufrida. La misma cerrazón de la mente de la que hicieron gala entonces rebrota ahora con no menor virulencia. Los mismos insensatos conflictos que se vivieron antes y durante la Guerra Civil vuelven ahora, como si nunca hubiera pasado nada y fuera la primera vez que ocurren.

¿No pudo Dios hacer al hombre menos estúpido e imbécil? Nos parece que con un poco más de sensatez el hombre podría controlar razonablemente sus pasiones internas y resistir con algún éxito a las tentaciones externas. Podría entonces haber tenido lugar algún progreso moral efectivo, como ha habido un progreso científico y técnico.

Incluso nos parece preferible que Dios hubiera hecho al hombre menos hábil para progresar en la ciencia pero más clarividente para mejorar su conducta moral. ¿No es una triste paradoja que hasta los avances científicos se empleen antes para destruir nuestra vida que para mejorarla? Las bombas atómicas funcionaron perfectamente en la última Guerra Mundial. Pero aún no hemos conseguido aprovechar adecuadamente la potentísima energía nuclear en sus múltiples y posibles usos pacíficos.

¿Por qué Dios nos creó con tan elevado coeficiente de idiotez moral? Por supuesto, no tenemos respuesta para la quintaesencia de la Segunda Pregunta. Con todo, tratemos de razonar sobre este tema en la medida de nuestras limitaciones.

8. «Seréis como Dios»

Esta tentación diabólica aparece en el relato bíblico sobre Adán y Eva. Se vuelve a insistir en ella en la escena de la Torre de Babel. Los hombres quieren construir una torre que llegue hasta el cielo.



Parece una contradicción que un ser tan estúpido como el hombre tenga a la vez la extrema soberbia de desafiar a Dios, nada menos que ambicionar desplazarle de su trono. Pero hasta ahí llega la idiocia humana.

Sin duda el ser humano, aunque extremadamente imbécil en aspecto moral, ha tenido enorme éxito en la conquista de la naturaleza. Y sus triunfos le envanecen. Llega a creerse capaz de suplantar a Dios. Aspira nada menos que a ser independiente de Dios, de quien recibió el ser. Se ha creído siempre, y se seguirá creyendo, la insidiosa mentira de Satán⁸.

A tanto aspira la mente humana, a pesar de estar encerrada en un cuerpo animal zarandeado por pasiones tan groseras y zafias como la ira o la libido. Más aún, en la entraña misma del espíritu —más digno en principio que la carne— siguen vivas tendencias tan negativas y destructoras como el odio, la envidia, los celos, la ambición de poder, la codicia del dinero, el rencor y el deseo de venganza. Y sin embargo, a pesar de sus patentes carencias y repetidos fracasos, el ser humano aspira nada menos que a construir un mundo feliz al margen de Dios. Quizá por eso Dios tomó precauciones.

La herida ontológica del hombre es presentada en el relato bíblico como la consecuencia de haber comido de la fruta prohibida. Primero es el pecado y luego viene el castigo. Pero invirtamos el orden. Dios castiga de modo preventivo al ser humano, para hacer fracasar su esperable pecado de soberbia. En el momento en que el hombre apareció en este mundo, hace unos dos millones de años, la eclosión de esa soberbia estaba muy lejana. En nuestros tiempos, por el contrario, esa soberbia parece estar en su punto álgido. Fue bien significativo el fulgurante éxito en 1965 del libro de Harvey Cox y su provocador slogan *Dios ha muerto*.

Digamos pues que Dios creó al hombre, precisamente con tan fuertes pasiones y tan incapaz de aprender de sus errores, con la finalidad de hacer fracasar de antemano el previsible intento de disputarle el honor supremo de la divinidad. Primero es el castigo y luego el pecado. Dios toma precauciones porque, como se reconoce en el relato de la Torre de Babel, *ahora nada de lo que decidan los hombres les resultará imposible* (Génesis, 11, 6).

La confusión de lenguas en Babel es presentada tradicionalmente como un castigo a la soberbia huana. Pero en rigor no fue castigo alguno. Consistió sencillamente en el tránsito desde el único lenguaje gestual a los múltiples lenguajes fónicos. Pero sin apartarnos mucho de la tradición cabe ver el relato de la Torre de Babel como un *castigo cautelar*.

Dice San Agustín en su *Ciudad de Dios*: «¿Quiénes tuvieron a Rómulo por

⁸ Es comprensible la tentación de la soberbia extrema, si Dios creó al ser humano *a su imagen y semejanza*. Esta frase es bien clara en lógica formalizada. Una enorme consistencia es el correlato lógico de toda la creación, con la única excepción de las conductas libres de los hombres. Estas se sitúan en el terreno de lo válido. El deber ser ético se formaliza lo mismo que lo necesario. Cfr. MÉNDEZ, JOSÉ M^a: «Respuesta al Prof. Mario Caponnetto», *Altar Mayor* n° 179.



dios en los albores de la existencia y expansión de Roma?... Tuvieron por dios a Rómulo para no contrariar a la ciudad dominadora» (Libro XXII, Cap. VI). Los romanos lograron tal supremacía sobre el mundo entonces conocido que llegaron a confundir el poderío militar de Roma con la misma majestad divina. Los otros pueblos tenían también sus dioses protectores. Lo que no tenían era la potencia de las legiones romanas.

El emperador Claudio fue reconocido como un dios tras la conquista de Britania. Pero la divinidad se asignaba en realidad al Imperio Romano como tal. Ningún poder humano en toda la historia se ha encumbrado sobre sus contemporáneos hasta el punto de exigir a los demás y recibir de ellos honores divinos. Ese fue el Imperio Romano en su máximo esplendor, desde Augusto hasta Marco Aurelio.

Y sin embargo se trató más de *sentirse tratados como dioses* que de considerarse tales. Propiamente no se trató de una rebeldía teórica y consciente frente a Dios, aunque de hecho se conculcasen muchos valores éticos para destruir y aniquilar a los enemigos. En realidad, más que de desafío explícito a Dios se trataba de *ser reconocidos como divinos* por parte de los pueblos vencidos. La inferioridad militar y cultural de los pueblos conquistados, y además aceptada por éstos, fue en el fondo lo que aquella Roma imperial iba buscando, y de hecho logró.

Pero en nuestra época queremos ir más allá que aquellos romanos. Nunca como ahora el hombre ha tenido tantos medios a su disposición. Nuestra Torre de Babel está a punto de llegar al cielo. Y sin embargo, lo mismo que cayó el Imperio Romano, también nosotros estamos condenados al fracaso. La falta de control de nuestras pasiones hace que nuestro mundo actual sea cada vez más inhumano y atroz. Basta visitar un hospital de enfermos terminales. Ni siquiera la actual revolución informática nos hace mejores, y mucho menos felices. El índice de suicidios crece en proporción al aumento de nuestra renta *per capita*.

Cicerón y César nunca se expresaron con la arrogancia de los autores actuales. La soberbia de los romanos se ha quedado muy pequeña comparada con la nuestra en estos albores del siglo $\times\times$ I. Los romanos se limitaron a tener bajo sus pies a los pueblos vencidos y a civilizarlos con la objetiva superioridad del *Ius romanum*. Pero hoy día nosotros nos atrevemos a mucho más.

Fueuerbach fue el primero en sentenciar audazmente que *el hombre es el ser supremo para el hombre*⁹. Pero quizá nadie como Nicolai Hartmann ha sido tan preciso al expresar el alcance efectivo de la soberbia humana. «El pensamiento mítico y religioso ha atribuido siempre toda la fuerza a Dios, entendiendo incluso los valores como mandatos suyos [...]. Pero la ética hace –y tiene que hacer– lo que a los ojos del hombre piadoso es una blasfemia: devolver al hom-

⁹ FEUERBACH, LUDWIG: *Obras*, Ed. Jodl, Stuttgart 1960, VI, 17.

bre los atributos de la divinidad [...] ("*sie gibt dem Menschen die Attribute der Gottheit*") [...]. Al hombre le corresponde la herencia metafísica de Dios»¹⁰.

Pero Nietzsche añade un detalle que para nosotros es esencial: *¿Me habéis comprendido? ¡Dionisos contra el Crucificado!*¹¹. Lo más significativo de esta demencial frase es que Nietzsche intuyó de algún modo que no se trataba tanto de vencer a Dios-Creador como a Jesucristo-Redentor. Tuvo la misma corazonada que aquí hemos expuesto en el apartado 8 de la Primera Pregunta: *La Redención estaba prevista desde el principio*. El poeta loco dio en el clavo. Fue aún más certero que el frío filósofo Hartmann. El enemigo a odiar y batir es exactamente Jesucristo. La divinidad se hace más insoportable para la soberbia humana en la Cruz que en el Big Bang.

Y en esto tiene razón Nietzsche. Dios es más grande y sublime cuando redime al hombre pecador que cuando lo crea de la nada sin haber pecado todavía. El orgullo del hombre se siente más humillado por pedir perdón a Jesucristo que por ser deudor a Dios Padre de su misma existencia.

Nunca como en estos inicios del siglo XXI el poder tecnológico del hombre ha estado tan cerca de desbancar a Dios de su trono, y sobre todo de despojar a Jesucristo del mérito de su sacrificio en la Cruz. Es bien significativo el hecho de inventar y promover la patraña de Papa Noel para despojar a la fiesta de Navidad de toda referencia al Niño Dios. Ya no tenemos necesidad de ningún Mesías.

Hemos llegado a la luna y plagado el cielo con satélites que permiten comunicarnos de un punto a otro del planeta con un simple teléfono móvil. Hemos hecho trasplantes de corazón y resucitado a los que estaban muertos. Hemos globalizado la economía y puesto en circulación el bitcoin. Hemos hecho cómoda y placentera nuestra vida ordinaria, etc., etc. La gloria del hombre está más cerca que nunca de apoderarse de la gloria de Dios. Ya no necesitamos que nadie nos perdone nada. Hasta la sodomía ha dejado de ser pecado.

Pero al mismo tiempo hemos acumulado un arsenal de armas nucleares capaz de borrar del mapa a toda la humanidad en una Tercera Guerra Mundial. Nuestra potencia destructora coincide peligrosamente con el cenit de nuestra soberbia. Si el Juicio Final está lejos o cerca no lo sabemos. Nerón incendió Roma. Pero Trump, cuya estatura moral no parece muy diferente de la de aquél, puede incendiar la humanidad entera. Quizá el Juicio Final y la Tercera Guerra Mundial sean lo mismo.

Así pues, el *castigo cautelar* funciona. Nuestra conducta moral es la misma que en la Edad de Piedra, o aun peor. Nuestro insensato orgullo se estrella hoy

¹⁰ *Ethik*, 20 f. Trad. esp. Ed. Encuentro, Madrid 2011. Pag. 236.

¹¹ NIETZSCHE, FRIEDRICH: *Ecce Homo* 1, 4. 9. Ed. Gruyter. Berlin 1961, 372. Dice Tomás Mann que Nietzsche inspira una mezcla de respeto y de lástima. *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*, Alianza Editorial 2001, Pag 90. Lo mismo podría decirse del ser humano como tal, creado a imagen y semejanza de Dios, pero castigado cautelarmente.



día una vez más contra el muro de la estupidez humana, bien calculada previsora-mente por Dios para hacer fracasar nuestra soberbia.

9. La extraña frase de San Pablo

En la *Epístola a los Romanos* (11, 32) se lee: «Encerró Dios a todos en la desobediencia (απειθεια) para tener misericordia de todos». En la *Epístola a los Gálatas* (3, 22) se repite la misma idea: «Encerró la Escritura a todos bajo el pecado (αμαρτια) para que la promesa de Jesucristo se diese a los creyentes».

Si interpretásemos a la letra estas dos citas, volveríamos a la predestinación negativa de Lutero y Calvino, incompatible con la libertad positiva. Ese supuesto nos llevaría a la conclusión de que Dios creó al hombre para que pecase, y así tener luego la ocasión, tanto de exhibir su misericordia a costa de la maldad del hombre, como su poder omnímodo que condena al infierno a los rebeldes. Dios buscaría su mayor gloria, gracias a que los hombres hacen sin remedio el mal. Los crea para que sean malos, y luego engrandecerse El a costa de las matanzas y crímenes con que los hombres se destrozan unos a otros. En último análisis la inferioridad doctrinal del protestantismo respecto a la Iglesia Católica arranca precisamente del falseamiento de la idea de predestinación en San Agustín.

La interpretación correcta de la frase paulina exige por tanto que admitamos con todas sus consecuencias el concepto de libertad positiva. Hay que excluir tanto las desviaciones *contra logicam* de la llamada *Reforma*, como fantasías orientales que diluyen la responsabilidad personal en el cosmos.

Si Dios crea al hombre libre, luego no atropellará esa libertad. Si la forzase, entraría en contradicción consigo mismo. Negaríamos que Dios creó al hombre *a su imagen y semejanza*, es decir, dotado de libertad positiva.

En resumen, la curiosa frase de San Pablo afirmaría, aunque de manera un tanto estridente, la idea de que Dios tomó sus precauciones desde el principio para que la soberbia humana fracasase una y otra vez. No arrebató al hombre la libertad positiva, aunque sabía lo que iba a hacer con ella. Se limitó a hacer al hombre lo suficientemente idiota para que la Torre de Babel nunca llegase al cielo.

10. El segundo extremo de nuestra herida ontológica

Si la soberbia humana indica el límite superior del *quantum* de nuestra herida ontológica, no debiera sorprender que el límite inferior esté determinado por la humildad. Cuanto más débil y necio sea el ser humano tanto más fácil será el arrepentimiento para los humildes y sencillos de corazón, para los que de hecho piden perdón a Dios por sus pecados.

Esa es la enseñanza de la parábola del fariseo y el publicano. El vacío o agu-



jero ontológico, tanto de nuestra debilidad como de nuestra idiocia, se extiende desde la extrema soberbia del fariseo hasta la extrema humildad del publicano.

El llamado *pecado original*, o sea, la debilidad de la voluntad humana frente a las pasiones, así como su incapacidad para aprender de sus errores, puede ser visto negativamente como un exceso por parte de Dios. Desde esta perspectiva, hubiera sido mejor haber creado al hombre más íntegro, más capaz de autodomínio. Admitimos que el hombre libre ha de ser sometido a prueba. Pero las dificultades de la prueba nos parecen excesivas y desproporcionadas en comparación con las capacidades efectivas que Dios otorgó al ser humano.

Pero también cabe el punto de vista positivo. En la medida en que el hombre es débil e idiota se hace más factible el arrepentimiento, aumentan las probabilidades de que sea humilde y pida perdón. Y el que pide perdón sinceramente ya está perdonado de antemano. El aparente exceso de la prueba se convierte entonces en las máximas facilidades para los sencillos de corazón, que además son la gran mayoría. Esa es la gran ventaja del publicano; es más capaz de reconocer y aceptar la verdad sobre sí mismo. La dureza del Juicio Final está reservada para el fariseo, para el que tiene un corazón de piedra. Y además el número de publicanos o gentes sencillas excede con mucho al número de fariseos o mentes retorcidas.

Así pues, junto a la prevención cautelar contra la soberbia del ser humano cabe descubrir aquí una segunda explicación a la aparentemente exagerada debilidad e idiocia del hombre. Si Dios lo creó desde el principio físicamente tan desvalido, moralmente tan inerte e intelectualmente tan limitado, fue porque pensaba en redimirlo en la Cruz. Morir por todos, pero con las mayores ventajas para los humildes y sencillos.

De este modo se logra elevar la gloria de Dios a un nivel mayor que el que alcanzaría si el hombre hubiese sido creado mucho más dueño de sí mismo y con una inteligencia mucho más sagaz sobre las consecuencias de su acción. Toda la predicación de Jesús está permeada por esta idea. *No vine a salvar a los justos sino a los pecadores.*

La persona sencilla y corriente entiende bien a Santa Teresa cuando afirma *humildad es andar en verdad* (Quartas Moradas 10, 7). Las personas de buen corazón exceden en número, y de modo abrumador, a los poderosos del dinero o la inteligencia. Aunque los primeros no hagan ningún ruido y los segundos atruenen el mundo con su inmensa potencia. La *realidad virtual* fabricada por los actuales *mass-media* parece dejar en la sombra a la *realidad actual*. Y hasta crear la ilusión de que la primera existe y la segunda no. Pero la verdadera realidad se impondrá al final sobre la ficción y la máscara.

El hijo pródigo, en el preciso momento de arrepentirse y pedir perdón, descubre la *verdad* sobre sí mismo. *Volvió en sí*, es la traducción mejor del texto



griego¹². Y también es *verdad* que valió la pena su desastrada y atolondrada conducta. Dios creador y misericordioso a la vez es aún más grande que si Dios hubiese creado seres libres con tan pequeño margen para cometer el mal, que se pareciesen al hijo mayor de la parábola. Les costaría mucho más arrepentirse. En efecto, el hijo mayor se jacta de que todo lo hizo bien y sus méritos nunca fueron reconocidos y recompensados. No ve en su vida algo que requiera pedir perdón.

Muchas veces nos topamos con fariseos que se consideran por encima de los demás. Nunca se equivocan y no tienen nada de qué arrepentirse. Pero también encontramos personas humildes, conscientes de sus limitaciones y proclives a reconocer sin resistencia sus errores.

La distancia entre el publicano y el fariseo viene a ser la misma que entre el hijo pródigo y su hermano mayor. Ambas parábolas sugieren el mismo *quantum*. Y del mismo modo que todos los sufrimientos y penalidades del hijo pródigo quedan olvidados y sublimados en el banquete en su honor, también todos los desastres, vergüenzas y miserias acumulados por los que se arrepienten quedarán olvidados y superados en el banquete celestial. «Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia». No se puede expresar de modo más claro cuál es el extremo inferior del pecado original.

11. Conclusión a la Segunda Pregunta

Como en la Primera Pregunta, la conclusión final no puede ser otra que la de reconocer nuestra incapacidad para resolverla de modo enteramente satisfactorio. Sólo Dios sabe cómo calculó exactamente el *quantum* de debilidad e idiocia humanas de manera que fuese a la vez un *optimum*.

Nosotros únicamente podemos atisbar dos aspectos del tema.

Primero, la cautela de Dios frente a la insensata y esperable soberbia humana.

Segundo, cuanto más débil e idiota sea el hombre, tanto más fácil será el arrepentimiento para la gran mayoría de los *humildes de corazón*. ■



¹² εις αυτον δε ελθων (Lc, 15,17). In *se autem reversus*, traduce J. M. Bover, Madrid 1959. CSIC, Pag. 232.